

EL COMIENZO DE LA FILOSOFIA HEGELIANA Y DE LA FILOSOFIA TRADICIONAL

Inicia Hegel su portentosa marcha dialéctica, estableciendo como comienzo de la filosofía al ser: "y este simple; que no tiene ninguna significación ulterior, este vacío, constituye sin más ni más, el comienzo de la filosofía" (1). Esta sorprendente afirmación anuncia ya el carácter exclusivamente mental del ser, que se acentúa de inmediato al declarar que por constituir el principio debe ser indeterminado, ya que si fuera determinado no sería primero: "El ser no sería en general un comienzo absoluto si tuviera una determinación; entonces, dependería de otro y no sería un inmediato, no sería un comienzo" (2). Desde el momento que con él se abre la ciencia, tiene además que ser algo absoluto, o lo que es lo mismo, abstracto: "De modo que el comienzo tiene que ser absoluto, o lo que aquí significa lo mismo, un comienzo abstracto; no debe presuponer nada, no debe ser mediado por nada, ni tener un fundamento, más bien debe ser el mismo el fundamento de toda la ciencia. Por consiguiente, tiene que ser absolutamente algo inmediato, o mejor lo inmediato mismo. Así como no puede tener una determinación frente a algún otro, tampoco puede contener una determinación en sí, no puede encerrar en sí ningún contenido, porque éste mismo sería una diferencia y una relación de

(1) G. W. F. HEGEL, *Ciencia de la lógica*, traducción de A. y R. Mondolfo, Buenos Aires, Hachette, 1956, t. 1. p. 101.

(2) *Ibidem*, p. 122.

un diferente con otro, y por ende, una mediación. El comienzo es, por consiguiente, el puro ser" (3).

Este núcleo originario, emplazado en el pórtico de la metafísica hegeliana, se va descarnando cada vez más y despojando progresivamente de toda nota positiva, hasta quedar por último definitivamente anulado: a causa de su máxima generalidad, y por carecer de la más mínima especificación, el ser se confunde con la nada: "No hay en él que uno pueda intuir, si puede aquí hablarse de intuir; o bien, él es sólo este puro, vacío intuir en sí mismo. Tampoco hay nada en él que uno pueda pensar, o bien éste es igualmente sólo un pensar vacío. El ser, lo inmediato indeterminado, es en realidad la nada, ni más ni menos que la nada" (4).

Las notas mencionadas, con las cuales Hegel caracteriza al ser, han acrecentado gradualmente nuestro asombro, ya que se lo ha calificado de vacío, indeterminado, abstracto, insustancial, impensable, para negarle por último, incluso lo que su mismo concepto expresa. Henos aquí —dice Heidegger— presas del vértigo: Hegel ha intentado aprehender al ser en sí mismo y no ha encontrado en él más que la nada. Y ambos, ser y nada, están fusionados en el comienzo en una unidad que no permite distinguirlos entre sí:

"Los contrarios, ser y no ser, están por lo tanto en el comienzo en una unión inmediata; es decir, que el comienzo es su unidad indiferenciada" (5). No obstante, decir que el ser y el no ser son lo mismo, no implica afirmar que es igual que algo exista o no exista, pues en este último caso se está pensando en "un determinado ser" y no en "las abstracciones puras del ser y la nada".

El ser no es solamente el principio sino también el fin de todo el movimiento dialéctico: "Para la ciencia lo esencial no es tanto que el comienzo sea un inmediato puro, sino que su conjunto sea un recorrido circular, en el que el Primero se vuel-

(3) Ibidem, p. 91.

(4) Ibidem, p. 107.

(5) Ibidem, p. 95.

ve también el Ultimo, y el Ultimo se vuelve también el Primero” (6).

Con respecto a esta condición de circularidad que afecta al pensamiento hegeliano, y en la cual se advierte su magnífica cohesión conceptual, nos entrega Heidegger una sugestiva paráfrasis: “El es (el ser) como el movimiento girando en sí desde la plenitud al desprendimiento extremo y desde éste a la plenitud consumándose. El objeto del pensar es, pues, para Hegel, el pensar pensándose, entendido como el ser girando en sí” (7).

El ser, al circular en sí, o sea, el pensamiento al pensarse, engendra la realidad; el pensar pensándose es el ser mismo que circula en sí, o sea la realidad misma forjándose mentalmente.

La traslación del ser provoca en su movimiento la exterioridad y de este modo el engranaje nocional queda transferido y encarnado. Esta solidificación progresiva de lo puro lógico, esta materialización efectiva de las ideas, constituye uno de los momentos más asombrosos del imponente ritmo dialéctico, pero quizá también su punto más neurálgico y vulnerable.

La extroversión mencionada no necesita mayor justificación: es algo que ocurre de hecho; pero precisamente esta acción, reclama, por su magnitud, una explicación satisfactoria, la cual, al parecer, está ausente de este grandioso desarrollo conceptual.

La lógica hegeliana es pues una metafísica porque su objeto, o sea el pensamiento, se confunde con el ser en tanto que fundante. De este modo prosigue Heidegger: “El ser se manifiesta como el pensamiento. O sea: el ser del ente se desoculta como el fundamento ahondándose y fundándose a sí mismo (*ergründende und begründende Grund*)”. “Así es entonces para Hegel en verdad la ciencia, es decir la metafísica, no por eso lógica, porque la ciencia tiene como tema el pensar, sino porque el objeto del pensar permanece el ser; éste sin embargo,

(6) Ibidem, p. 92.

(7) M. HEIDEGGER, *Identität und Differenz*, G. Neske, Pfullingen, 1957, pp. 49-50.

desde la aurora de su desocultamiento, en el cuño del Λόγος, del fundamento que fundamenta, reinviñca el pensar entendido como fundante'' (8).

Evidentemente, el ser en Hegel se confunde con el pensamiento puro, hasta el punto de que pensar el ser no es nada más que pensar, o sea que el ser es el pensar que se considera a sí mismo.

De aquí que, dada la identidad del pensamiento y el ser, la simple necesidad lógica permita concluir sin más la necesidad real: "lo que debe ser, existe también efectivamente". De esta manera todo el trabajo filosófico en tanto que metódico, o sea necesario, no consistirá más que en poner (*setzen*), como efectivo o real, lo que ya estaba contenido en una noción (9). Semejantes axiomas confirman rotundamente, la identidad que el filósofo ha establecido entre la manera de trabajar del pensamiento y el modo de ser de lo real. En este instante no hacemos otra cosa que comprobar, sin entrar a investigar las razones profundas de tal actitud. Difícil resulta siempre definir el proceso interior de una filosofía con la explicitación de todos los datos y elementos que confluyen a determinarla, como así también la proporción exacta de la influencia que cada uno de ellos desempeña.

Para un sistema como el hegeliano, en el que pensar y ser constituyen una unidad, no puede existir ninguna escisión o fisura entre el modo de conocer lo real y lo real mismo en tanto conocido. El punto de partida de esta filosofía no será entonces, como para la tradicional, el *ens* concreto, "esto a lo cual compete existir" (*id cui competit esse*), sino un ser tan vacío y pobre como la nada. Su realidad puramente mental no constituirá el objeto de una intuición sensible, porque nada intuible hay en él. E incluso no hay para Hegel determinación más pobre que la de ser, excepto lo que se toma a veces por el ser, o sea una existencia sensible exterior como aquella

(8) *Ibidem*, pp. 54-55.

(9) Cf. G. W. F. HEGEL, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, art. 88.

del papel que tengo delante de mí ⁽¹⁰⁾. Si ser, no significa más que ser un ente, no hay entonces determinación más pobre que la de constituir una entidad; pero luego expresa Hegel que hay algo más pobre que esto, o sea que ser una cosa, y ello es el hecho, para esa cosa, de existir. No hay nada más pobre que ser un ente, a menos que se considere su existencia misma.

Si para la filosofía tradicional, el ser es el concepto supremo y el primer principio de nuestro conocimiento, esto sucede porque él es la determinación más inmediata del acto de existir. La realidad del ser (*ens*) se funda en el hecho de que posee ser (*esse*) y su idea es la primera que adquiere nuestro entendimiento, porque el ente es lo primero contra lo cual tropieza nuestra percepción: "El ser (*ens*) no significa más que lo que es (*quod est*). Se advierte que significa la cosa (*rem*) por cuanto que digo *lo que*, y que significa el ser (*esse*) por cuanto que digo *es*. ⁽¹¹⁾.

Lo que marca aquí netamente la diferencia entre ambas posiciones, es el ser mismo del que ambas parten. Mientran que en Hegel es lo más menesteroso que se pueda pensar, aunque rico en virtualidad conceptual, en la filosofía tradicional en cambio es lo más plerótico, ya que en virtud del *esse* el ser se constituye como tal al adquirir la indecible plenitud de su realidad. Lo que funda entonces la facticidad inagotable del ser, es el *esse* entendido como *actus essendi*; sin embargo, debido a que es irreductible al orden lógico, resulta imposible darle cabida en una filosofía como la hegeliana. No obstante, a pesar de su resistencia a la aprehensión lógica, constituye un componente real de las cosas, y hasta tal punto es real, que sin él no habría realidad. Sin embargo, no poseer un concepto lógico del *esse* no implica que no tengamos una concepción metafísica de él, ya que el hecho de que no sea conceptualizable. no quiere decir que no sea concebible o pensable; es menester distinguir

⁽¹⁰⁾ Ibidem, art. 51.

⁽¹¹⁾ STO. TOMÁS DE AQUINO, *In Periherm.*, I, 5, n. 5 y 20.

al respecto con Gilson "entre la concepción metafísica del *esse* y su concepto lógico" (12).

Al no diferenciar lógica y realidad, no se reconoce la autonomía del ser frente al pensamiento, quedando entonces lo real enteramente absorbido, cubierto y agotado por lo lógico: la tensión dialéctica constituye la tensión misma de los entes, ya que el curso dialéctico es el curso de la cosa misma (13). Elementos de la envergadura metafísica del *esse* resultan de este modo completamente nihilizados y desprovistos del más mínimo despunte de realidad, por carecer de la más leve insinuación de logicidad. En la filosofía tomista por el contrario, y pese a no dejarse doblegar ante el esfuerzo lógico, el ser (*esse*) constituye el fundamento mismo de las cosas. La perspectiva hegeliana apuntada aquí dista sensiblemente del enfoque tomista, al anular la savia misma que nutre al ente para que éste pueda existir.

Con estas últimas consideraciones, hemos puntualizado una disidencia que, efectivamente, es capital; pero no por ello negamos ni mucho menos, la posibilidad de un diálogo fecundo entre ambas posturas, y sobre el que tanto insisten ciertos pensadores actuales. Las distintas filosofías no son siempre simétricamente divergentes, sino que, por el contrario, ofrecen un amplio margen de entendimiento. Efectuar esta conciliación se confiesa hoy como una de las tareas más importantes de quienes se inspiran en el tomismo, y su posible éxito confirmaría entonces decididamente su preciado título de filosofía perenne.

RAUL ECHAURI

Corrientes 1577, Rosario

(12) E. GILSON, *Being and some philosophers*, Toronto, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1952, p. 227.

(13) Cf. G. W. F. HEGEL, *Ciencia de la lógica*, p. 71.